J. M. CASTELLET, 1926-2014: UNA LARGA Y CÁLIDA CONVERSACIÓN

La noticia saltaba a la prensa, y por las redes de Internet, el día 9 de enero de 2014: "El editor y escritor Josep Maria Castellet (Barcelona, 1926) ha fallecido hoy en Barcelona a los 87 años, ha informado el Grup 62", decía *El País*, refiriéndose asimismo al sello editorial que este crítico había fundado y dirigido durante más de treinta años en su doble vertiente catalana y castellana (para él la convivencia entre nuestras dos culturas fue siempre esencial): Edicions 62 y Ediciones Península. La noticia, muy escueta, venía acompañada de una entrevista que Juan Cruz le había hecho casi cuatro años atrás y donde Castellet le confesaba que era ya un superviviente –uno de los últimos– de la por él mismo denominada *generación del medio siglo*. Con el máximo sosiego, sin la menor gesticulación, advertía efectivamente que "Con el tiempo, los amigos se acaban y quedas como un superviviente de una etapa que desapareció". Para agregar: "Soy el último, en cierto sentido. En 1972 se suicida Gabriel Ferrater, en 1985 desaparece Manuel Sacristán, y en 1989 y 1990 mueren Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma".

En esta misma entrevista –y con no menor templanza– manifestaba que su "futuro" era ya "corto" pero, sin embargo, no se sentía "atenazado" ni "aferrado al pasado", siendo consecuentemente su temple anímico muy "tranquilo" e, incluso, "más libre" de cara a este futuro. Un futuro con la muerte ya en el horizonte: en los últimos meses de su existencia Castellet aceptó con entereza la enfermedad, hasta el punto de decidir todos los detalles para la ceremonia del entierro: unos versos de T. S. Eliot, la música sutil de Federico Mompou. Sosiego, serenidad, ausencia de florituras dramáticas, una cierta ironía sobre sí mismo y sobre la condición humana, evitando con ello caer en las trampas de la nostalgia. "*E la nave va*, pese a todo", solía decir estos últimos tiempos tan llenos de catástrofes y malos augurios. Algo así como una racionalización de la circunstancia vital e histórica, nutrida a su vez por unas gotas de buen humor: siempre se declaró ser un racionalista a ultranza y de ahí sus recelos ante el surrealismo más enloquecido o el errático galopar de la imaginación. En esto coincidía por entero con Juan Ferraté, con quien

mantuvo unas relaciones juveniles muy estrechas y más tarde –ya en plena madurez–, un trato más dificultoso, no exento de alguna que otra tensión.

Abro ahora mi dietario y leo en él que a comienzos de diciembre de 2010 –pocos días después de esa entrevista concedida a *El País*– fui a visitar a J. M. Castellet en su despacho de Edicions 62 para felicitarle por la obtención del Premio Nacional de las Letras Españolas. Y anoto: "Hablamos largo y tendido. Está animado aunque no parece andar bien de salud. El rostro, demacrado. Dificultades en un brazo. Me comenta que no tiene el más mínimo miedo ante la muerte: es algo natural, que viene y punto. No hay problema –concluye con una de sus amplias y cálidas sonrisas que tanto le rejuvenecen–: no, no vale la pena hablar de ello". Se percibían ya cercanas "las largas aceras de la noche" que escribiera J. L. Borges, con algún regusto virgiliano, en su estremecedor *Epílogo*…

Unos cuarenta años atrás, para ser más exactos a comienzos del año 1971, hablé por primera vez con J. M. Castellet: así le gustaba firmar, resaltando su doble personalidad literaria catalana y castellana (no se olvide que por sus venas corría sangre cántabra). En aquella época Edicions 62 ocupaba un amplio piso en la calle Provenza, entre el Paseo de Gracia y la Rambla de Cataluña: el corazón del modernismo barcelonés. Me impresionó realmente su porte elegantísimo –eran proverbiales sus suntuosas corbatas–, al tiempo que una gestualidad muy *casual*: en algún momento retiraba hacia atrás la butaca y extendía las inacabables piernas por entre la nieve de los papeles esparcidos encima de la mesa. Le planteé –con gran timidez– la posibilidad de preparar la edición de algunos escritos teóricos de B.P. Galdós y le encantó el proyecto, sonriendo tras la neblina azulada que desprendía un cigarrillo adherido a una finísima boquilla. Tal proyecto pronto cuajó en la colección Península de bolsillo, con el título de *Ensayos de crítica literaria* y que, durante varias décadas, alcanzaría un buen nivel de venta, según lo confirman sus tres ediciones: la última, diseñada con gran esmero tipográfico por José Manuel Martos.

Tras dicha antología se sucedieron varios libros más, gracias al apoyo a la vez afectuoso y severo –en ocasiones muy severo– de J. M. Castellet: otra antología, ahora de algunos artículos de Émile Zola, en el año 73. Más tarde, a finales de la década de 1980, mi estudio sobre la revista *Laye* –la *inolvidable*, según Carlos Barral– y con la que cristalizó, en términos ideológicos, el grupo barcelonés de la generación del medio siglo. En 1994, un nuevo libro, *El jardín quebrado*, en cuyas páginas intentaba yo apresar la mentalidad de ese núcleo literario, siguiendo un poco el modelo teórico de Michel Vovelle. Y, con el nuevo siglo XXI, la edición crítica de *La hora del lector*, libro que marcó para siempre a mi generación: en una tertulia que manteníamos varios estudiantes en la cervecería Alt Heidelberg, al lado mismo de nuestra universidad (y a la que en ocasiones se acercaba una hermosa Ana María Matute), Vázquez Montalbán describió esta obra como un lujoso bazar por donde pasearse y degustar bienes algo exóticos todavía en España –Sartre, Robbe-Grillet, Maurice Nadeau, Das-

hiell Hammett–. Es decir, el *último grito* que se estilaba por aquellas fechas en Europa, al inicio ya de los años sesenta.

Este largo trato con J. M. Castellet –*toda una vida*, según reza la canción de Antonio Machín, otro de nuestros mitos juveniles– se ha materializado además en varias horas de conversación grabada inicialmente en cinta magnética y, ahora, inserta en un dvd. La palabra, así, retorna, no se disuelve por los ácidos del tiempo y permite revivir, con la máxima fidelidad, encuentros, diálogos que, a su vez, nos trasladan al pasado biográfico del autor de *Los escenarios de la memoria*, a la época de formación y primeros combates intelectuales. La etapa comprendida entre los años centrales de la década de 1940 y el último cabo de los años sesenta, cuando la *Modernity* empieza en Occidente a mostrar algún que otro síntoma de desfallecimiento: esa modernidad por la que siempre luchó nuestro crítico, y el mejor antídoto contra la asfixia tradicionalista que imperaba en la España posterior 1939. En las primeras conversaciones la voz de Castellet fluye vivaz, fresca, vertiéndose hacia fuera; en las últimas– por los primeros años, ya, del siglo XXI–, esta voz va apagándose lentamente, es algo más fatigosa y ensimismada. Pero todas esas rememoraciones son impagables: desfilan por ellas Baroja, Machado, Ortega, Sartre, Bertolt Brecht, Blas de Otero, el "vitalista" Costafreda; múltiples experiencias y aventuras editoriales; el rechazo a los sectarismos de cualquier color; viajes por Francia e Italia –sus otras dos patrias–; encuentros con Italo Calvino, Dario Puccini, Claude Gallimard…

"He escrito poco sobre Pío Baroja, pero considero que él y Josep Pla son los dos grandes narradores en la España del siglo XX. Sí, Baroja era un narrador extraordinario, despreocupado siempre por las cuestiones formales. Es un novelista que te engancha; no puedes soltarlo. Lo admiraba yo mucho, al lado de Gabriel Ferrater, un barojiano por los cuatro costados. Y cuando vuelvo a leerlo nunca me decepciona: sus *Memorias*, por cierto, son impagables". Eso me decía Castellet el 18 de septiembre de 1990, las puertas de su despacho de la calle Provenza entreabiertas y entrando por ellas el tecleo nervioso de las máquinas de escribir, entre el murmullo de las secretarias: casi una multitud de aves picoteando una alambrada… Y prosigue: "Creo recordar que mi interés juvenil por Baroja –y por otros compañeros de su generación como Valle-Inclán y Azorín– procede de las clases de literatura que nos daba Guillermo Díaz-Plaja en el Instituto Balmes, donde estudié tras la guerra civil, a mi vuelta de Londres, ciudad en la que se refugió mi familia para huir, así, de la violencia que se extendía por la Barcelona de 1936: soy hijo de una familia tradicionalista, católica. Eran unas clases muy brillantes, muy sugestivas y despertaron en mí el gusanillo de la literatura. Sin embargo, nunca pude con Unamuno. ¡Estos Cristos sangrantes, dramáticos, estremecidos! Piensa que a los dieciséis años me alejé para siempre de la religión: empezaba yo a ser más bien racionalista".

En una nueva charla, a finales ahora de 1992, J. M. Castellet se explaya en torno a otro de sus mitos: Antonio Machado. "Mis primeras lecturas

machadianas tuvieron lugar en Londres, al inicio pues de la adolescencia. Unas lecturas por fuerza inexpertas e ingenuas; muy superficiales. Posteriormente, hacia el 47 o el 48, empecé a leerlo con muchísimo más provecho. En la primera mitad de los cincuenta –la época de *Laye*– era para nosotros un poeta fundamental: como creador y como figura moral o civil. Poco a poco fue imponiéndose la mitificación socializante de Machado: a ello ayudaban sus libros de prosa editados por Losada, bajo el cuidado de Guillermo de Torre, y que llegaron a Barcelona –de manera más o menos clandestina– a mediados de los cincuenta. Todo eso conforma, sin la menor duda, un bloque mítico que se potenciará, además, desde otros lados: la presencia de *Campos de Castilla* –en detrimento del Machado simbolista–, la muerte en Colliure y, desde luego, la política cultural del Partido Comunista de España que jugó muy fuerte la carta machadiana".

Transcurren los años, se suceden las entrevistas y encontrándome yo en plenos preparativos de la edición de *La hora del lector*, mantengo el 6 de octubre de 1999 una larga charla con Castellet, pero ya en su despacho de la nueva sede de Edicions 62, en el Raval: un modernísimo edificio acristalado, de tonos verdosos, entre el Museo de Arte Contemporáneo y la Biblioteca de Cataluña. Alrededor nuestro el silencio parece herirnos como el filo de un bisturí: las máquinas de escribir han sido sustituidas por los ordenadores y las muchachas ya no hablan, o ríen, entre los picotazos salvajes del teclado. Están, ahora, hipnotizadas ante la pantalla de la computadora: un silencio aséptico, no lejano al de un quirófano. Comentamos otro mito del grupo literario barcelonés; acaso más intenso entre Gabriel Ferrater, Juan Ferraté, Manuel Sacristán y J. C. García-Borrón que para él: José Ortega y Gasset.

"En nuestra juventud sacábamos libros de donde podíamos: además íbamos bastante justos de dinero. Los ensayos de Ortega los comprábamos en las librerías de viejo: abundaban en ellas las publicaciones de Revista de Occidente, las más buscadas por todos nosotros. Las comprábamos y luego nos las pasábamos unos a otros: nuestras lecturas eran siempre compartidas, lo cual avivaba en el grupo la discusión, la polémica –aquí reside una de las raíces de *La hora del lector* y su tesis acerca de las mil interpretaciones que pude hacerse de un texto–. Los libros de Ortega y Gasset que más debatíamos eran *Ideas sobre la novela* y *Papeles sobre Velázquez*. Yo había leído ya el primero en la universidad: era un texto canónico pero no olvides que por aquellos días el nombre de Ortega lo pronunciaba muy poca gente y, si se trataba de profesores, menos aún. Era, sí, un nombre heterodoxo pero, a mi juicio, un nombre más indeterminado que peligroso, en el que predominaba la sensación de fracaso. El fracaso del retorno a España en 1956 y las trabas puestas por Franco para que pudiera desarrollar con algún exito el programa cultural de su Instituto de Humanidades. Volvió pensando que iba a triunfar social y culturalmente y se estrelló por completo. En fin, a medida que se acerca el decenio del sesenta el orteguismo irá diluyéndose en nosotros a favor de autores extranjeros salvo, quizá, Juan Ferraté que siempre lo respetó mucho".

Pero ¿cómo no hablar de Jean-Paul Sartre, el gran *totem* para Castellet, al lado del escéptico, sensual y socarrón Josep Pla? Está presente en toda su trayectoria literaria e incluso, cuando en los umbrales del siglo XXI empiece Sartre a menguar en Europa –a diferencia del *carnal* Camus–, continuará Castellet reivindicándolo sin tregua, si bien se dé cuenta que algunas de sus ideas políticas eran en exceso hijas del clima cultural surgido tras 1945. Esto es, la guerra fría, la crisis del liberalismo clásico, el auge de los partidos comunistas, el marxismo como filosofía hegemónica en las universidades y círculos intelectuales... En un artículo que vio la luz el 10 de abril de 1990 en *La Vanguardia*, confiesa significativamente que "Me es imposible hablar de Sartre […] sin evocar imágenes autobiográficas, lo que denota hasta qué punto influyó en mi vida intelectual, seguramente más que ningún otro contemporáneo". Aun cuando en otra párrafo reconozca que "Se hace difícil, hoy, juzgar su obra intelectual, de la que se salvan especialmente –y no es poco– sus escritos más especulativos y algunas muestras de su vocación de esritor creativo en el cultivo de la imaginación".

Esta huella es clarísima en *La hora del lector*: así el ensayo *Qu'est-ce que la littérature?* constituye el tejido arterial del libro castelletiano, regándolo de savia ideológica en el triple plano estético, político y humanístico. El ejemplar que manejó nuestro autor lo demuestra a las claras: está repleto de marcas, acotaciones, subrayados, signos de exclamación que destacan aquellas frases que más le seducieron. Y en unas cuartillas autógrafas intercaladas en el libro recoge Castellet –comentándolas a menudo– las premisas que rigen esta obra sartriana y que, sin ambages, hace suyas. Incluso llega a comparar algún aserto del autor francés con pensamientos vertidos en los primeros 1950 por su compañero generacional Juan Ferraté. Véanse estos renglones: "La obra como llamamiento. (Como propuesta dice J.[uan] F.[erraté] en LAYE nº 19. V. V. semejanzas, en estas páginas, entre Sartre y J.[uan] F.[erraté]. Escribir es pedir al lector que haga pasar a la existencia objetiva la revelación que yo he emprendido por medio del lenguaje". ¡En dicha nota reside la clave de *La hora del lector*!

En este mismo encuentro del año 1999 se extiende Castellet por la presencia de Jean-Paul Sartre en sus trabajos juveniles. "Me atrapó, sin duda, el mecanismo ideológico de *Qu'est-ce que la littérature?* Pero no menos me atraparon los textos de reflexión literaria que Sartre había publicado previamente en *Les Temps Modernes* y recogidos todos ellos en *Situation 1*, libro del año cuarenta y siete. Gracias a esos artículos –que leí hacia 1950– descubrí la gran narrativa norteamericana de la primera mitad de nuestro siglo: Dos Passos, Faulkner, Hammett, Steinbeck, Hemingway –al que dediqué más tarde un pequeño libro–. Sartre hacía hincapié, sobre todo, en la extrema importancia del *oscuro* Faulkner, un novelista para mí imprescindible a partir de entonces y sobre el que hablé en *La hora del lector* y en varios artículos de aquella misma época. En fin, yo soy muy, muy discípulo de Sartre: él me facilitó una idea de la literatura en la que, además, priva el concepto del *engage-*

ment, es decir, el compromiso del escritor con la sociedad de su momento, con las derivaciones políticas, o morales, que eso implica".

Mi última conversación con Castellet se desarrolló el 20 de enero de 2011, en su domicilio de la calle Bailén, a poquísima distancia del Paseo de San Juan, por encima de la Diagonal: el territorio de su infancia, adolescencia y primera juventud. Si como dijera Walter Benjamin el hogar es un estuche tibio, recóndito que proteje a su morador de las ofensas del mundo y, a la vez, visualiza su vida entera, esta casa refleja los gustos más refinados, las lecturas, la pasión por la pintura moderna, por el cine clásico de J. M. Castellet. Un retrato de Carles Riba pintado por J. M. de Martín –artista crucial en el grupo literario de Barcelona–; un dvd del film de Antonioni *L'Avventura*; los poemas completos de J. V. Foix, por citar solo tres ejemplos… Me invitó a pasar a su estudio y allí pude ver, detrás de la mesa de trabajo, un gran atril y, en él, abierta por la mitad, la edición de las *Obras selectas* de Clarín, impresa por Biblioteca Nueva en el año 1947. Me sorprendió, y mucho, el hallazgo. Ante mi perplejidad estalló entre risas Castellet: "Pues ¿qué te creías? Siempre he admirado *La Regenta*". Esto dio pie, una vez más, a hablar de las lecturas iniciáticas, la pasión por Baroja –había yo editado recientemente dos artículos suyos sobre el autor de *Vidas sombrías*– y la biblioteca de sus padres. "Mis lecturas de adolescencia fueron escasas y caóticas. La biblioteca familiar era muy exigua, a diferencia de la de los hermanos Ferrater: alguna cosa de André Maurois y Stefan Sweig –tan de moda en la Barcelona de los años cuarenta– y poco más. Bueno, algunos autores españoles del XIX, estos novelistas que tú, como hispanista, estudias: entre ellos José María de Pereda".

Pereda, aunque sea de manera oblicua, y acaso simbólica, subraya desde la lejanía esta doble personalidad de Castellet, como sugerí más arriba. Josep Maria Castellet Díaz de Cossío. José María Castellet Díaz de Cossío. Él mismo se ha definido en unas notas autobiográficas como una personalidad en parte *mestiza* y, por lo tanto, ajena a cualquier abstracción empequeñecedora: la mezcla de sangres y lenguas; la vida hirviendo sin frontera alguna. "Como te dije en una ocasión –y te entregué, creo, varios documentos–, en mi familia ha ido pasando de padres a hijos la idea de que Neluco Celis, el doctor que atiende al patriarca enfermo de *Peñas arriba*, es calco de mi bisabuelo materno Eduardo Díaz de Cossio y González, médico justamente del pueblo de Celis, me parece que al lado mismo del río Nansa. Bueno, se trata solo de una posibilidad: no puedo decirte más. Este bisabuelo mío se trasladó luego a Barcelona, muriendo aquí a finales de 1923".

Tras obtener en 2010 el Premio Nacional de las Letras Españolas declaró J. M. Castellet a *El País* y *El Periódico de Catalunya*: "Sospecho que me han dado el galardón por toda una serie de actividades que he desarrollado en mi vida y por el enorme interés mío en establecer contactos entre nuestras lenguas". Para añadir: "En mis últimos libros de memorias hago constar siempre un anhelo de concordia e interrelación entre las diversas culturas hispánicas:

una defensa que inicio ya en la época franquista". Porque, concluye, "La Cultura está por encima de cualquier avatar". Digno colofón a una existencia consagrada al diálogo para, con él, pulsar sin prejuicios el ir y venir de las ideas y las palabras: la dimensión más rica de la vida, en un sentido ahora universal. Lo dicho: mezcla de sangres.

Laureano Bonet
Universitat de Barcelona